

"La Nación", Buenos Aires
11 enero 1912 3-93



(Recogido en "De esto y de aquello", tomo IV)

LAS SEÑORAS Y EL TEATRO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1911.

Hace unos días he leído un artículo de Pedro de Répide, el cronista, en que venía á lamentarse, sin hacerlo ostensiblemente, del olvido en que se tiene la clásica comedia «Don Francisco de Quevedo» del que fué hondo y exquisito poeta Eulogio Florentino Sáenz. Y en ese mismo artículo se hacía mención de aquel Luis Eguilaz cuya fama como dramaturgo fué máxima en España hace cincuenta años y hoy casi del todo olvidado, con justicia yo creo y según da á entender también por su parte Répide.

Allá por los años 60 del pasado siglo «La cruz del matrimonio», «Los soldados de plomo» y otras comedias de Eguilaz pasaban por el sumo de lo delicado, tierno y sobre todo moral del teatro. Y se han hundido con su moralidad y todo.

Aquí cabría encajar lo de «habent sua fata libelli» de Horacio, corren su suerte los libros, y disertar sobre la vanidad de la gloria literaria y las mil vicisitudes, altos y bajos, hundimientos y resurrecciones á que se ven expuestas las reputaciones literarias. Y aquí cabrían aún más aquellos vigorosos tercetos del canto XI del «Purgatorio» en que canta el Dante la «vanagloria dell'umane posse», de los poderíos humanos. Allí nos dice cómo se creía á Cimabué lo supremo de la pintura y ahora—cuando el Dante escribía—goza ya del mayor renombre—«ha il grido»—Giotto de tal manera que obscurece la fama del voto.

«Si che la fama di colui oscura».
«Así—añade—es como ha quitado la fama de la lengua el un Guido al otro», esto es Guido Cavalcanti, poeta florentino, á Guido Guinicelli, poeta boloñés, «y acaso ha nacido quien arrojará del nido á uno y á otro.»

«e forse è nato
chi l'uno e l'altro caccerà di nido.»

Palabras en que algunos comentaristas de la «Divina Comedia» quieren ver una alusión á sí mismo, al propio poeta que habla, al Dante que se creía llamado á obscurecer la fama de Cavalcanti y de Guinicelli, como de hecho fué así. Y nada tendría esto de extraño ya que el Dante fué desde muy joven arrastrado por el laudable anhelo de perpetua fama—«da laudevole vaghezza di perpetua fama tirato»—según Boccaccio nos dice en la vida que de él escribió, añadiendo que: «vaghissimo fu e d'onore o di pompa per avventura piu che non si appartiene a savio uomo». Y fué por eso por lo que pudo escribir de la vanidad de la gloria, él que la había sentido.

Mas en este punto no conozco escrito á la vez más melancólico y más sincero que el libro de Paul Hapfer «Des reputations litteraires» donde está recogido cuanto sobre el capricho de la fama y las vicisitudes del juicio artístico puede decirse.

Casi olvidado está hoy Luis Eguilaz, y creo yo, con Répide, que con justicia. Pero, ¡cuán grande fué entre muchos su reputación en un tiempo! ¡Cómo creían que su gloria de dramaturgo sería imperecedera é inmarcesible! Y entre los que así creían se contaba su fraternal amigo, su hermano en espíritu, Antonio de Trueba, ó sea Antón el de los Cantares, mi paisano. Y no hay acaso entre los escritos de Trueba ninguno que supere en ternura y emoción al relato que hizo de los últimos momentos de Eguilaz, que murió en sus brazos.

Conoció y trató yo algo en mis mocedades á Trueba, de quien he consignado recuerdos en mi libro «Recuerdos de niñez y de mocedad». Trueba ha sido el más genuino representante de lo que Menéndez y Pelayo llamó con una exactitud nada halagüeña para nosotros los vascos «la honrada poesía vascoagada», pues, como ya antes de ahora he dicho, llamarle á una poesía honrada es como llamarle «simpática» á una muchacha. Y por lo que á mí hace, me he propuesto «deshonrar» á la poesía de mi pueblo y creo haber conseguido algo. La poesía de Trueba era, en efecto, como ha venido siendo hasta hace poco casi toda la de mi pueblo: una poesía casera, encogida, en exceso discreta, temerosa de altos vuelos por debilidad de alas, patriarcal si se quiere, y ortodoxa, sobre todo ortodoxa. Una poesía, en fin, que podrá leer una señorita al día siguiente de su primera comunión. Para mi paisano Trueba, una de las supremas pruebas de la bondad de un escrito literario era que hiciese llorar al lector. ¡Y nada hace llorar más que un palo! ¡Con qué fuerza se revolvió contra ese mezquino criterio pseudo estético aquel poderoso artista y estético que fué Flaubert cuando en sus cartas flagelaba las planifederias y quejumbrosidades de Musset! No, no es el de hacer llorar un sano criterio estético. Mediocres poetas y que son justamente olvidados muy pronto nos hacen llorar con sus composiciones y viven durante siglos otros que nos hacen sentir, aunque no llorar. Porque el sentimiento no se reduce á las lágrimas, ni es lo mismo precisamente que la sentimentalidad y la sensibilidad.

Pero tal era el criterio de mi candoroso paisano Antón el de los Cantares y lo aplicaba al juicio de las obras literarias. ¡Como crítico era formidable Trueba! Y aplicando ese criterio creía y sostenía que su amigo Eguilaz señalaba el punto más alto de la dramaturgia española y que su gloria habría de obscurecer las de Lope, Calderón, Tirso, Moratin, el duque de Rivas, etcétera. Y hoy, en que á nadie se le ocurre volver á poner en escena «La cruz del matrimonio», aun se representa alguna vez, y siempre con gusto de las personas cultas, «La estrella de Sevilla», «El alcalde de Zalamea», «El sí de las niñas», «Don Alvaro ó la fuerza del sino», etc.

Lo cual no quiere decir ni mucho menos que los Eguilaz, los autores para hacer





cen el triunfo, por efímero que sea, de los Egullaz de toda laya.

Las cosas que ellas llaman fuertes—muchas veces sin serlo—les alteran los nervios sin llegar á hacerles llorar, les meten el corazón en un puño y les quitan el sueño. ¡Y todo menos esto! Una señora que se estime va al teatro á disponerse para el sueño, á prepararse á bien dormir. Es lo que le oí una vez á una de ellas: «¿Yo al teatro hoy? ¡Dios me libre! Dan no sé qué cosa de ese Shakespeare, que será todo lo genio que ustedes quieran, pero es para que los hombres de letras, los entendidos, los pensadores la lean á solas en su gabinete, pero no para entretenernos un rato á nosotras las señoras. Y además, suele decir algunas veces tales cosas el tal geniecito... No, no es para que lo pueda oír mi hija.» (Esta hija, excusado es decirlo, se criaba para señora también á quien los genios le estorban.)

Son esas señoras las que nos tienen postroado al teatro y son las que estropean los semanarios, «magazines» y revistas más ó menos ilustradas. Son las sacerdotisas de la superficialidad y aunque ellas crean lo contrario de la cursilería y del «tilinguismo»!

¡Con qué razón las persigue sin tregua nuestro Benavente, el autor de «Los malhechores del bien»! Y ellas por su parte se revuelven y ayudadas por los caballeros y señoritos—que son al hombre lo que la señora y la señorita son á la mujer—hacen la reputación de los nuevos Egullaz cuya misión es prepararlas por el llanto ó por la risa, morales siempre, á bien dormir.

«¡Usted no llegará nunca á ser un escritor para damas!»—me dijo una vez un amigo mío—y le respondí: ¡Dios me libre de llegar á serlo! mi aspiración es ser escritor para hombres y mujeres, no para caballeros y señoritos ni para damas y damiselas.

Ahora me supongo que el lector, y sobre todo la lectora—pues algunas tengo—bien que hay mujeres nacidas en lo que llamo señoras y señoritas. Porque sé muy bien que hay mujeres nacidas en lo que llamamos finos pañales, de la supuesta alta clase social y criadas entre señoras, que manteniendo un verdadero señorío guardan incólume la ingenuidad y la espontaneidad de la mujer, y se libran de gazmoñerías más ó menos deportivas.

Ese mal del señoritismo, ya masculino, ya femenino, es aquí grande, ¿pero no lo es también ahí? Porque es á ese público que dirijo esta especie de filípica, es porque de libros, publicaciones, revistas, diarios y cartas que de ahí recibo suele á las veces desprenderse un tufo de ese señoritismo deportista y «comme il faut» que le echa á uno hacia atrás.

¡Hay cada noticia referente á la señora de de X... ó á la señora de de Z...! Y nos lo estropean todo, no sólo el teatro y la revista más ó menos ilustrada, sino hasta la crónica escandalosa! Que también se hace á su beneficio.

MIGUEL DE UNAMUNO.

70

